

ALMACÉN
DE FRUTOS LITERARIOS.



Semanario de Palma.

JUEVES 5 DE OCTUBRE DE 1844.

Neccrología.

ILMO. SR. OBISPO DE MENORCA.

§ I.

*¿Quomodo cecidit potens, qui salvum faciebat populum Israel?
(I Machab. c. 3, v. 21.)*
*¿Cómo es que ha muerto el campeón, que defendía al pueblo
de Israel?*

Una nueva pérdida acaba de sufrir la Iglesia de España en la muerte del dignísimo señor obispo de Menorca acaecida el 16 de abril en Marsella, lugar de su destierro, á donde le habian conducido, ó mas bien arrojado, los trastornos que ha sufrido la Religion en estos tiempos en nuestra trabajada patria. Ignorando si alguno de sus antiguos hermanos, como mas informados, habrá dirigido á vds. alguna reseña histórica de los varios acontecimientos de su vida, todos edificantes, ó en el entretanto que lo hacen, yo que le amaba y veneraba como cordial amigo, ofrezco á vds. ese ligero bosquejo de lo que

me es notorio, para que si gustan le den cabida en su apreciable periódico.

Nació el Ilmo. Sr. D. Fr. Juan Antonio Diaz Merino en la villa de Iniesta, provincia y obispado de Cuenca, el 17 de junio de 1772: á los 14 años de su edad, instruido ya completamente en la latinidad y humanidades, tomó el hábito en la sagrada religion de predicadores, que para gloria de España y bien de la Iglesia universal, fundó el ínclito español Sto. Domingo de Guzman, tan ilustre por su prosapia por estar unida con la de la familia real (1), como grande por su santidad y celo de la gloria de Dios; y pasados los años de noviciado, que por su corta edad fue en él mas largo que lo que acostumbra ser, pues las religiones por mas que los impíos blasfemando de lo que ignoran, las denigren nunca jamas admitian á la profesion sino despues de bien probados sus alumnos y examinados y asegurados de su libre voluntad y en edad que pudiesen saber bien lo que elegian y abrazaban, es decir, exigiendo dos años mas de los que las leyes exigen para el estado de matrimonio, indudablemente mas lleno de tropiezos que el de la profesion monástica; concluido, decimos, su noviciado, donde echó los cimientos á aquella sólida virtud y exacta observancia de la regla que tanto le distinguió siempre, empezó y siguió su curso de filosofía y lagares teológicos, descollando entre todos sus condiscipulos con tantas ventajas que, habiendo de proveerse una Beca en el colegio de Sto. Tomas de Alcalá de Henares, la comunidad de san Pablo de Cuenca lo nombró unánimemente para ella, cifrando la gloria de aquella casa en un jóven que prometia tantas esperanzas.

Afortunadamente se hallaban entónces en dicho colegio de catedráticos de sagrada teología los célebres PP. MM. Parreño y Zulaibar, este último arzobispo despues de Manila; y bajo sus auspicios y enseñauza, como otro Pablo á los pies de Gamaliel, bebió aquel raudal copioso de purísima doctrina y acendrada teología de que tantas pruebas dió despues en las diversas épocas de su vida.

En este medio tiempo y hallándose de vacantes en el convento de Carboneras, provincia de Cuenca, el procurador general de las misiones de las Indias Occidentales estendió una circular invitando á los jóvenes de la órden que voluntariamente gustaren inscribirse para tan espinoso destino, y nuestro jóven, que donde quiera que veia la gloria de Dios y salvacion de las almas allí acudia, se inscribió inmediatamente para aquella empresa; pero Dios lo dispuso de otro modo: Contento el Señor con sus deseos y teniéndole destinado para ser algun dia luz que alumbrase en el candelero de su iglesia, ordenó que la noche misma, vispera de la partida de su viage, se entrase en su celda otro jóven religioso, compañero y amigo suyo, y con tales razones le supo persuadir que le permitiese á él sustituirse en su lugar que, sintiéndose movido interiormente de un modo extraordinario, accedió á sus ruegos, y con el beneplácito de sus prelados se hizo este cambio, que á poco se vió luego haber sido disposicion sin duda del Altísimo para preservarle de una muerte prematura; pues ántes de llegar á la América y aun de descubrirla, el buque en que iba la expedicion se sumergió en el mar sin que pudiese salvar nadie de los que iban á su bordo. Yo mismo se lo oí contar alguna vez

(1) En la orla ú adorno que rodea la hermosa lámina tirada en Madrid, de la beata Juana de Aza, madre de Sto. Domingo, está tegida la genealogia hasta el rey D. Fernando VII.

con enternecimiento, admirando la providencia de Dios para con él, y dándole gracias por tal beneficio, al mismo paso que manifestaba su pena por la muerte aquel su compañero, á quien, me decia, no habia pasado dia alguno desde entónces en que no le encomendase á Dios.

Asegurada ya su residencia en la provincia, y concluidos sus estudios con aquella solidez que era de esperar de tales maestros y discípulos, pasó al convento universidad de Avila, fundacion ó mas bien restauracion del venerable é Ilmo. Sr. Ayala (edificio vendido en este mismo año por un pedazo de pan y á papel), á profesar la filosofía, y hemos tratado á algunos eclesiásticos seculares discípulos suyos, que aun recordaban con entusiasmo sus lecciones y el esmero con que procuraba inspirarles con la ciencia la virtud.

Sobrevinieron á poco despues los sucesos de la llamada beata de Cuenca, y habiéndose distinguido singularmente en poner en claro la falsedad y absurdo de las doctrinas y sistema de aquella muger el P. prior de Dominicos de aquella ciudad, P. Mtro. Custodio Merino, tio de nuestro jóven, y á resultas de ello sido promovido para la iglesia de Cartagena en Indias, lo escogió para su secretario y en calidad de tal lo siguió á la América á principios del año 1809.

Constituido alli en mas ámplio campo, soltó las riendas á su celo, y ya llevado de este, ya del deseo de aliviar en cuanto le fuese dable á su anciano tio y prelado, tomó sobre sí (se entiende bajo su direccion) lo mas penoso de la administracion de la diócesis, y siempre activo, y siempre prudente, procuró enterarse ante todo de la legislacion de Indias, á fin de no chocar jamás ni verse en contradiccion con las autoridades civiles; y con el santo concilio de Trento en una mano, y las sinodales de aquellos paises en la otra, trazó las reglas que debian servir para el buen arreglo del obispado, y como el buen ejemplo sirve siempre mas que las palabras mas elocuentes, se ofreció en su conducta por modelo á todos, así eclesiásticos como seglares; que no hay cosa que tanto mueva para lo bueno, como ver al frente á los superiores ó los que están cerca de ellos.

Todo prometia una renovacion feliz en la diócesis; ya estaban tiradas las circulares para la visita general de toda ella, que allí ya se sabe son muchas penosas, ya por las inmensas distancias que hay de unas poblaciones á otras, ya por lo fragoso de los caminos, á veces por entre bosques espesísimos, donde no pocas hay que ir con el machete en la mano cortando las ramas de los árboles y arbustos para abrir paso y seguir, ya porque habiendo de subir otras por la corriente de rios en extremo caudalosos se va espuesto á la voracidad de los caimanes, así como en tierra al acometimiento de los tigres; no siendo menor cuando se va por agua la incomodidad de los enjambres de mosquitos que no dejan vivir á los viajeros; y aun le oí decir alguna vez, que era esta tanta que en medio de los abrasados calores que allí reinan, preferian por las noches dejar el rio, y haciendo en la tierra un grande cerco de leña, al modo de una plaza, meterse dentro y prenderia fuego para asegurarse de los tigres y así dormir, anteponiendo esta incomodidad á la que causan aquellos cínifes ó mosquitos molestísimos. A pesar de estas penalidades, de que eran sabedores, nada les arredó para tratar de llenar esta obligacion tan encarecidamente encargada por el santo concilio de Trento á los prelados; y ya estaban dadas las órdenes y estendidas, como hemos dicho, las circulares al efecto, cuando el grito de la rebelion é independenciam que estalló en la capital de la diócesis, vino á cortar en agraz las esperanzas que

se habian concebido , y los frutos que todos los buenos se prometian de medida tan saludable.

Pero el tiempo era llegado : las declamaciones exageradas ó impetuosas de los demagogos en Cádiz sobre libertad habian traspasado los mares y resonado en la América , y sus habitantes halagados con aquellas lisongeras ideas , alzaron el grito de insurreccion é independencia y se separaron de la Metrópoli ; que este entre otros ha sido el fruto que ha cogido la España de esas utopias tan acariciadas aun en el dia por algunos. Al hecho ; como en tales ocasiones acontece , los levantados trataron de apoyarse con la Iglesia , persuadidos de que si el obispo tomaba parte en aquella tentativa , el pueblo seguiria ciegamente el movimiento , y persuadido que en ello no se contrariaba la religion nada se opondria á sus ulteriores proyectos. Las autoridades civiles les importaban poco , pero el asentimiento del obispo les era de sumo interes ; y como en el carácter firme de su secretario creian hallar un obstáculo á todos sus planes , y que estando al lado del venerable prelado nada podrian alcanzar de este , lo lanzaron de la diócesis , y entrándolo en un barco le hicieron salir para la Habana. Se engañaron á la verdad en su pensamiento , pues el anciano respetable lejos de arredrarse por aquella separacion pareció recobrar nuevas fuerzas ; y llamado á las casas consistoriales para prestar el *juramento* , con entereza sacerdotal dijo , « Que ni como español , ni como religioso , ni como obispo » podia hacerlo , pues seria rebelarse contra su legítimo soberano. Hizo aun mas ; invitado algunos dias despues á cantar un solemne *Te-Deum* en la catedral en accion de gracias por la independencia , con la misma imperturbabilidad respondió ; Que si fuera un *Miserere* y *rogativa* para pedir al Señor los mirase con ojos de misericordia se prestaria gustoso , á otra cosa no ; y llegado el tiempo de la publicacion de la Bula de la Santa Cruzada , no permitió se hiciese , diciendo francamente á las nuevas autoridades , que siendo esta gracia concedida para los Estados del rey católico , habiéndose separado el pais de su dependencia , no podia sufragar á ellos ; pero aunque todo esto sea asi , y que aquel santo obispo diese tan solemnes pruebas de su fidelidad y de su constancia , sin embargo la providencia adoptada por los levantados de separar de su lado á su secretario , da bien á entender el concepto que les merecia que no transigiria jamas con la insurreccion ni sus planes perturbadores. Estos respecto del prelado vinieron á parar en arrojarle igualmente de la diócesis ; que tal es y ha sido siempre la táctica de los promovedores de trastornos , halagar en un principio á los obispos por si se les puede seducir ; y cuando esto , como ordinariamente sucede , no se consigue , perseguirlos ; siguen en ello á sus padres ; es decir , imitan la conducta de los antiguos perseguidores , que obraban en este sentido con los mártires y primitivos cristianos. ¡ Pluguiera á Dios que como los siguen en los medios no lo hiciesen en el fin !

§ II.

Embarcado el señor obispo con dos familiares europeos , vino á unirse á la Habana con su secretario , y no teniendo fondos para sostenerse , éste pasó de aquella ciudad á Cádiz á implorar de la regencia ó de las Córtes algun socorro para su respetable tio , que por no faltar á sus juramentos lo habia perdido todo en lo temporal : que consiguió , no lo sabemos ; sabemos sí que de vuelta á la Habana se dedicó incansablemente á la predicacion , y con sus

continuas pláticas y sermones halló medios para sostener al venerable prelado y sus familiares, si no con esplendidez al ménos con decencia; mas no contento con aquel trabajo y viendo que las ideas demagógicas y á veces irreligiosas empezaban á estenderse en aquella isla, para contrastarlas y presentar un antídoto á los incautos, se asoció al P. Andrés Arás, capuchino, en la publicación del periódico titulado; si no estamos equivocados, *la Bombarda*, al que dió nuevo realce é interes con el gracejo de sus artículos y solidez de sus doctrinas; pero murió el anciano tio, y no teniendo ya nada que le detuviese en aquellos países, y tomando nuevo aspecto las cosas de la España de la guerra contra los franceses, se trasladó á la península para incorporarse nuevamente á su provincia y seguir el curso y espíritu de su vocacion. La permanencia que con este motivo y el de su otro viage hizo en Cádiz, le proporcionó la ocasion de ver, oír, hablar y aun de concurrir á veces en unos mismos sitios con los principales motores y promovedores de las reformas políticas y religiosas, y de ellos oyó aquel: *todo abajo*, que en dos palabras manifestaba todo el lléno de sus ideas

Arrojados los franceses de la península se restituyó á su convento de Cuenca con el cargo de lector de teología, y allí tuve la satisfaccion de admirar mas de una vez sus profundos conocimientos, ya en conversaciones particulares, ya en los actos y ejercicios públicos del seminario donde me hallaba de rector; y allí fué donde trabajó ó concluyó la «impugnacion de los diálogos argelinos,» obra solidísima que me confió manuscrita, y que por delicadeza no quiso imprimir despues, aunque tuvo proporcion y oportunidad para ello, llevado de la idea de que estando ya olvidado aquel perversísimo papel seria despertar en algunos la curiosidad de su lectura y perjudicar en vez de aprovechar á las almas: tal era su delicadeza de conciencia. Principió tambien otra impugnacion en latin de la «disertacion del Pignone sobre la gracia en el estado de la inocencia,» y no sé si llegó á estender en el papel el plan que tenia concebido de aplicar á los diversos artículos y cuestiones de la suma de Sto. Tomas las disertaciones de la «Historia eclesiástica de Natal Alejandro,» para que al mismo tiempo que se daban aquellos en las aulas las consultasen y estudiasen sus discípulos, llenando de esta manera el vacío de noticias que por algunos se ha querido achacar al simple estudio del santo doctor en las aulas.

Suprimido ó cerrado por los años de 20 al 23 el convento de Cuenca, se retiró á otra casa de la provincia, pues siempre fué de dictamen que el religioso ó religiosa por penalidades que se le ofrezcan nunca debe abandonar el claustro ínterin haya uno á donde poder refugiarse. Pasada la época constitucional fué invitado para redactar en union con un amigo suyo la «Coleccion eclesiástica española» comprensiva de los breves de Su Santidad, notas del Rmo. Nuncio, y esposiciones de los Sres. obispos y prelados de las órdenes regulares al gobierno y á las Córtes sobre los asuntos religiosos que en ellas se habian tocado y tratado y aun querido decidir tan fuera de órden por falta de jurisdiccion, y que uno y otros habian tenido buen cuidado de ocultar, ó para que los fieles alucinados al ver este silencio creyesen que no se heria

la Religion en aquellas providencias y determinaciones: cuando los obispos callaban, ó si eran personas á quienes esto no se pudiese persuadir, tachasen á los obispos de perros mudos, que por temor y respetos humanos detenian la verdad en la injusticia del silencio, y era necesario vindicarlos presentando al público sus enérgicas y repetidas reclamaciones y ofrecer á los incantos un desengaño contra aquellas novedades monstruosas y un antídoto para lo sucesivo, si por desgracia se quisiesen renovar iguales tentativas.

Conocida su laboriosidad incansable, al año ó poco mas de concluida aquella primera obra se le escitó á la publicacion con el mismo amigo de la «Biblioteca de la Religion,» donde como en un arsenal debian reunirse varias producciones asi nacionales como estrangeras contra la triple impiedad que hoy ataca al mundo católico y gangrena las sociedades, á saber, el «filosofismo, protestantismo y jansenismo,» con una reseña sobre las sociedades secretas, que en efecto se publicó por los años de 1826 en adelante, y de él es el discurso preliminar que la precede, asi como lo fué tambien el de la «coleccion eclesiástica.»

A breves dias de concluir esta, el Sr. obispo de Marcia, que desde Lugo habia sido recientemente trasladado á aquella diócesis, deseando asegurar la pureza de la doctrina en el Seminario de aquella ciudad le convidó con una cátedra de teología en él; su orden lo elevó luego al grado de maestro, y la comunidad de la Pasion en Madrid le eligió por su prelado, de donde sin concluir el trienio el R. P. M. provincial deseando dar al convento de Nuestra Señora de Atocha, el primero de la orden en Madrid, y bajo cuya direccion están ó estaban los monasterios de religiosas de su instituto en la corte, un superior que llenase todas las medidas, le creó prior de él con gozo singular de todos aquellos padres, quienes, aunque ántes divididos entre dos célebres maestros de la orden, se congratularon de tener por su prelado á quien tanto la honraba ménos con su ciencia que con su virtud.

Colocado en este nuevo destino su primer objeto fué reedificar un noviciado separado enteramente de lo demas de la comunidad, para que asi los jóvenes abstraídos de todo pudiesen mas cómodamente aleccionarse en el espíritu de retiro y abnegacion de la propia voluntad de que en lo sucesivo debian dar vivos ejemplos, pues era su máxima constante que el mancebo segun tomó su camino, aun cuando envejeciere, no se apartará de él. El primero en los actos de comunidad nunca decia: *id*, sino *vamos*, y asi en breve pegó á sus subordinados el fervor en que ardia su corazon. Asistió tambien como uno de los prelados al capítulo provincial que se celebró en Trianos por aquel entonces, y fué nombrado definidor general, se le encargó la redaccion de las actas y lleno de consuelo se restituyó á Madrid por haberse adoptado en él algunas providencias que habia propuesto para la mejor observancia de la disciplina religiosa.

Pero su elemento no era la corte, y tan luego como le fué permitido, segun las costumbres de su orden, procuró alejarse de esa Babel de engaños y desengaños, y los religiosos y conocidos le vieron con asombro preferir la prelacia de un pequeño convento de provincia á la del mas condecorado de ella por considerarse casi como real, pues aun cuando no lo fuera por su fundacion, nuestros reyes lo habian tenido siempre bajo su proteccion, y acudian frecuentemente á él á venerar la imagen de Nuestra Señora que se mira como la patrona de Madrid.

En Cuenca, á donde se trasladó, y que él miraba como su casa por haber

recibido allí el santo hábito, continuó la misma conducta que habia observado en sus prelacias anteriores; hizo aun mas; con lo que le habian producido el despacho de las dos obras de que se ha hecho ántes mencion, levantó un lienzo del convento que estaba ruinoso, con las celdas correspondientes; renovó ó reedificó el antiguo noviciado, que siempre y donde quiera fué este el blanco principal de sus deseos, y en la iglesia un altar al augélico doctor, con varias joyas y ropas para la sacristía; sabia bien que el religioso todo lo que adquiere lo adquiere para el monasterio, y así cuanto tenia lo cedia ó empleaba en su utilidad.

Tranquilo seguia en su retiro considerándose y creyéndose olvidado de los hombres, cuando sin preceder el menor antecedente, el rey D. Fernando VII, que tantas veces le habia visto en Atocha, de *proprio motu*, y sin mediar consulta del consejo, lo presentó para la santa iglesia de Menorca, siendo para él la primera noticia el aviso oficial de su nombramiento.

§ III.

Acontecimiento tan inesperado y puntualmente cuando por medio de anónimos ó pseudónimos, á lo que se cree, se acababa de sindicar ante el gobierno su fidelidad, llamó vivamente su atención, y mirando en tal conjunto de circunstancias una señal de la vocacion de Dios, despues de haberlo consultado en la oracion y con sus superiores, rindió su cuello al yugo de una dignidad, de la cual temeroso por el roce que necesariamente tenia en Atocha con las personas reales, salió huyendo de Madrid; pero el resistir habria sido ya una especie de pecado de adivinacion y, conocido el dictámen de sus superiores, como un crimen de idolatria el no aquietarse; y así no pensó mas que en rectificar nuevamente su intencion y prepararse para un cargo que por esperiencia propia ó muy inmediata sabia bien cuán espinoso era y de cuanta responsabilidad. Para ello en los dias que precedieron al de su consagracion leia y releia con atencion la vida del V. P. Fr. Bartolomé de los Mártires, notaba con cuidado las piadosas industrias de que aquel santo arzobispo se valia para retener en la memoria la conducta de los eclesiásticos de la diócesis, el arreglo de su casa &c. &c., como si tratase de proponérselo por modelo, y no aventurariamos mucho en decir que en cuanto le fué dable le imitó. El mismo celo por la pureza de la fe y exacta observancia de la disciplina eclesiástica; la misma firmeza en sostener la autoridad é independencia de la Iglesia, la misma imperturbabilidad en arrostrar todos los peligros cuando mediaba ó veia interesada la causa de la Religion; el mismo desvelo por el decoro y solemnidad del culto; la misma caridad para con los pobres &c. &c., sin mas diferencia que haber hallado el santo arzobispo de Braga protectores en el gobierno de S. M. F.; y el venerable obispo de Menorca en el de S. M. C. perseguidores y sañudos enemigos.

Ni se hizo mucho de esperar la tribulacion. El 1º de enero de 1832 se consagró en Madrid, llegó á su silla en el siguiente marzo, en el setiembre sobrevino la enfermedad del rey D. Fernando VII, y los acaecimientos que á ella subsiguieron pusieron desde luego en cuidado su prevision sobre las cosas y negocios eclesiásticos. El manifesto del 4 de octubre de 1833 que empuñaba la palabra real de sostener en todo su esplendor la Religion de Jesu-cristo, y que «su doctrina, sus templos y sus ministros serian el primero y mas grato cuidado del gobierno,» fué como un relámpago que aparece en el oriente, y súbito se vé ya en el ocaso. La revolucion irreligiosa contra la in-tencion y voluntad (asi lo queremos creer) de los que mandaban, avanzaba á grandes pasos, y á poco, muy poco, se empezaron á minar y vieron bambo-learse ya los sólidos cimientos que habian conservado pura y única por tantos siglos la creencia de los españoles.

(Se concluirá.)

(Católico.)



SANIDAD MILITAR.

Nuestros suscriptores verán con mucho gusto el excelente artículo que á continuación insertamos, debido á la bien cortada pluma del Sr. D. Bartolomé Obrador, médico mallorquin, residente en Madrid.

ARTÍCULO PRIMERO.

Son tantas y de un interes tan vital para la salud del ejército las consideraciones que ofrece la simple organizacion del cuerpo de sanidad militar, que dan materia suficiente, no solo para varios artículos de periódico, sino tambien para una obra larga y profunda. Considerado moralmente este cuerpo, significa la ciencia de curar aplicada al soldado, ya en la paz, ya en la guerra. Observada esta misma institucion, con respecto á su personal y á los puntos de contacto que tiene con los intereses materiales y con los otros cuerpos del ejército, se ve desde luego que es una de sus partes integrantes, y que por sus funciones afecta el presupuesto de la guerra.

Las ideas que dejamos apuntadas ofrecen un campo vastísimo que quisiéramos recorrer con alguna detencion; pero encerrados en los estrechos límites de algunos artículos que nos admite la direccion de este periódico, indicaremos únicamente los puntos mas culminantes, y las dificultades de mayor bulto que se han observado hasta el dia para no conseguir la mas completa organizacion de un cuerpo esencialmente filantrópico y conservador.

Una reseña histórica de la medicina militar precederá á los artículos que nos proponemos escribir para examinar rápidamente los reglamentos que conocemos en el dia: las modificaciones que los tiempos y la ciencia han inducido, y las que conviene adoptar para que el ejército esté servido cual conviene á su importancia y requiere ademas su organizacion. Protestamos desde ahora que solo guia á nuestra pluma el amor á la humanidad representada por el soldado en guarnicion y en campaña. Nuestras espresiones ni nuestros conceptos no podrán ofender ni aun lastimar á corporacion alguna, ni á persona determinada; y si la claridad de la materia nos compromete á nombrarlas, será sin intencion de deprimir el mérito, ni de menoscabar la reputacion del cuerpo ó de la persona indicada. Escribiremos con templanza y cual cumple á la importante organizacion del cuerpo de sanidad militar, cuyos individuos, obedeciendo á los impulsos de su alma sensible y generosa, se imponen voluntariamente el deber de sacrificar sus comodidades y su vida en obsequio del militar que ofrece en holocausto la suya á su patria y á su rey.

La medicina militar está íntimamente enlazada así en su origen como en sus progresos al de las otras ciencias, al de la civilizacion, y muy particularmente á las instituciones militares, cuyas vicisitudes ha obedecido y debe siempre seguir.

Despues que el hombre se hizo dueño de las producciones del universo, y que venció por su talento unido á su valor los animales que le disputaban el sustento, tuvo que luchar con el hombre mismo para conservar la conquista

que con tanto afán y tantos riesgos había conseguido. Entónces, y solo entónces, conoció la necesidad de unirse á sus semejantes para arrostrar los peligros á que le esponían de continuo los ataques que le dirigian los celos, el fanatismo, la ambicion y aun el bárbaro placer del que se gozaba en arrebatarle los frutos de su industria, de su saber ó de su valor. Entónces fué tambien que se vió obligado el hombre á luchar y á combatir, y herido ó malparado en la pelea, necesitó el auxilio de una mano filantrópica que le restañara la sangre, y de un corazon compasivo que le consolase en su afliccion, haciéndole llevaderos de este modo los tormentos de la herida y la angustiosa estancia en el lecho del dolor. Hé aqui bosquejado el origen de la guerra y de la medicina militar.

Desde entónces, desde aquellos tiempos tan remotos que se alcanzan apenas con los esfuerzos de la imaginacion, y que no se ven sino al trasluz de la oscuridad de tantos y tan lejanos siglos, ha habido siempre hombres humanitarios que han minorado los males de la guerra con su cariño y su saber; pero no siempre lo han podido conseguir con el acierto que se requiere, por no estar dirigidos sus esfuerzos, ni por la ciencia, ni por el impulso del espíritu irresistible de la asociacion, que formando un cuerpo homogéneo utiliza hasta el mas pequeño destello de la luminosa ciencia de curar.

Entónces se ennoblecian los héroes y los reyes curando por sí mismos las heridas del militar, y empleaban á la par de los tópicos vulnerarios una práctica inútil y misteriosa, único medio que se conocia en época tan remota como atrasada en la medicina. Muchas veces la púrpura real se halló teñida con el radiante color que la prestaba la sangre del héroe que la real mano había restañado. Aquiles, Podairio y Macaon dieron este ejemplo sublime en la famosa guerra de Troya; desde entónces, los ciudadanos mas distinguidos por su nacimiento, por sus virtudes cívicas y por su valor, se dedicaron solícitos á la curacion del guerrero.

Por poco que consideremos á Alejandro, veremos que algunos médicos le acompañaban en sus expediciones, pero que no curaban de la salud del soldado; lo mismo sucedia entre los egipcios, aunque precedieron á los griegos en las ideas de organizacion social, y hasta los últimos tiempos de la república romana, no se observa ningún vestigio de medicina militar, científica y regularizada.

En esta época, empero, los prefectos de Roma se esmeraban en conservar las legiones, é invitaron para socorrerlas á los médicos mas distinguidos, ofreciéndoles y otorgándoles condecoraciones, privilegios é inmunidades. Mas adelante, y en tiempo de Augusto, fueron declarados exentos de todas gabelas, y se les ennobleció con el anillo de caballeros, cuando solo á los combatientes era lícito aspirar á tanta y tan escaseada remuneracion. La caída del imperio romano que sucedió á esta época de civilizacion, arrastró consigo su poder y las instituciones que había creado, y la medicina militar, naciente sí, pero lozana y vigorosa, sufrió una suerte igual á las demás creaciones.

Desde aquella época, de triste recordacion para las ciencias, y de fatal resultado para la medicina castreusa, quedó esta institucion en manos de los clérigos que ejercian el sacerdocio en el altar y en los campamentos la medicina. Las cruzadas del siglo XI, la creacion de las órdenes militares, y sobre todo la expedicion de San Luis á la Palestina, nos suministran ejemplos notables del abandono en que se hallaba la medicina militar, desempeñada en el campo de batalla por los empíricos y las mugeres que se valian de prácti-

cas misteriosas, de amuletos, y por fin de la succion para curar las heridas peligrosas y de mayor gravedad.

Los ejércitos de Europa se resentian de un estado de tanto abandono, y la timidez sucedió al valor por falta de quien pusiese su mano de salud sobre la llaga del intrépido herido. En el sitio de Metz, en 1552, los heridos perecian faltos de asistencia facultativa, y los soldados abatidos y desesperanzados se negaban al combate; sábelo Ambrosio Pareo (1), se traslada al campamento, y su presencia reanima al soldado, é inflama su pecho la llama de su valor natural, y el ejército todo á una voz esclama y dice: «ya no tenemos miedo, Ambrosio está con nosotros.» ¡Tal es el ascendiente, tal es la fuerza moral que lleva consigo un acreditado profesor.

La epoca en que Pareo dió á su siglo y á la posteridad el espectáculo de su amor al soldado, y el ejemplo de la fuerza moral bien dirigida y aprovechada; fué la del renacimiento de la medicina militar. Asi es que en 1597 ya se formó un hospital en el sitio de Amiens, y los ejércitos europeos, á imitacion dei de la antigua Roma, tuvieron un personal facultativo que les asistia en la paz y en guerra.

Antes de establecerse el hospital de Amiens, ántes de crearse este hospital modelo, ántes en fin que el hombre concibiera la idea humanitario-administrativa de reunir en un asilo comun á los defensores de la patria, los ejércitos sufrían bajas continuas por los enfermos que se dispersaban buscando medios inciertos de curacion. Nadie sabia el paradero del soldado que se habia sustraído á sus banderas simulando cualquiera enfermedad, ó necesitando curarse lo que realmente le aquejaba, y en ambos casos era muy difícil, era imposible reunir nuevamente á los dispersos para volver al combate. Este desorden que acababa muy pronto con el personal del ejército mas numeroso, cesó de todo punto tan luego como el hospital fué el de reunion donde los enfermos recibian desde luego los auxilios de la medicina, primera y la mas dulce recompensa á que aspiran los heridos.

Esta nueva era indicó á la Europa el rumbo que debia seguir para perfeccionar los establecimientos médico-administrativos, reprimiendo de este modo la dispersion; y proporcionando al soldado el alivio que necesitara, fué un principio de orden y de disciplina para el ejército; restituyó á las banderas muchos de sus afiliados que ántes se ocultaban con ejemplar facilidad; indicó de un modo inequívoco los adelantos de la civilizacion, y acabó por último y para siempre con el repugnante espectáculo que ofrecian los campos y los caminos llenos de enfermos que los regaban la sangre destilada de sus honorosas heridas. Sin embargo de tan palmatorias ventajas, el impulso no llevó la fuerza que era menester para que el militar enfermo recibiera todo el socorro que su situacion reclamaba, ni para que los médicos estudiasen las vicisitudes físicas y morales del soldado, cuya higiene y fisiología quedaron aun envueltos entre los conocimientos deseados.

No nos detendremos por ahora en manifestar la importancia de la higiene militar. Algun dia nos ocuparemos de esta importante cuestion, y demostraremos que sin higiene y sin la buena direccion de la inteligencia del soldado, perecen los ejércitos por una tisis que corroe las fuerzas físicas y morales del hombre destinado á la guerra. No basta, no, que al quinto se le enseñe á

(1) *El mas célebre de los cirujanos franceses en tiempo de Enrique II, y aun en el dia su nombre representa una notabilidad.*

marchar y á manejar el fusil, si no se atiende á su salud y á su moral: sin esto se haria de él un maniquí, y si se quiere una máquina orgánica de guerra. El siglo ha comprendido bien, y atiende bastante á estos puntos de medicina y de filosofía, pero aun falta que hacer para el desarrollo de las facultades intelectuales del soldado, y para que los regimientos, las divisiones y ejércitos enteros no desaparezcan víctimas de las influencias deletéreas de los campamentos, de las poblaciones y aun de los cuarteles donde su salud se ha corrompido muchas veces, y otras muchas su moral se ha inficionado.

Annibal no desconoció enteramente la importancia de la higiene; obsérvense si no las disposiciones que tomaba cuando á su ejército le amagaba alguna epidemia, cuando se acampó entre los Alpes y el Apenino, y cuando sus tropas tuvieron que salvar el Pó á nado (1). En esta parte y en muchas otras hay puntos de contacto entre Annibal y Napoleon. Si el uno reverenciaba á Esculapio y recompensaba á Sinhalo (2), el otro deponia la magestad de su grandeza y de su poder colosal en presencia de Dubois, y condecoraba con mano pronta y generosa á Larrey, á Perey y á Desjenettes, que por su saber y su valor alentaron y aun salvaron el ejército en muchas ocasiones (3). Sin embargo, la higiene militar no alcanzó el grado de perfeccion que obtuvieron los hospitales, pero sí se elevó á la dignidad de ciencia que no habia merecido en todo el tiempo que separa el héroe de Cartago de los dias del emperador.

Tan luego como se vió que los hospitales militares producian ventajas de conocida utilidad, su creciente reputacion los generalizó en Europa, y á principios del último siglo los habia en los campamentos, en las ciudades, y sobre todo, los habia en las plazas fortificadas sirviendo de casa paterna al soldado que era recibido y asistido en sus dolencias con esmero y distincion, sin confundirse con los desgraciados que sumidos en la miseria se acogen cuando están enfermos en los establecimientos públicos que crearon los mas nobles sentimientos de humanidad. El soldado enfermo en lugar de los humildes auxilios que recibe el proletario, es tratado y asistido con la dignidad y distincion que merece de la patria agradecida y en remuneracion de la sangre que por ella un dia vertiera.

En estos establecimientos de consuelo y afliccion, de calma y de dolor, adquirió la medicina militar la suma de conocimientos que le conquistaron en el ejército una posicion ventajosa; y si desde el principio no fué tan elevada, tan útil y tan duradera como ha sido despues, culpa fué de la carrera lite-

(1) *Previendo Annibal las fatigas que su ejército habia de sufrir, le acostumbró por ejercicios graduados á todas las penalidades de la guerra, y despues de pasar los rios caudalosos, mandaba distribuir aceite para frotarse los soldados á fin de restituir á sus miembros la flexibilidad y el calor.*

(2) *Médico africano que curó á Magon, hermano de Annibal, cuando fué herido en la batalla de Trasimeno.*

(3) *Napoleon siempre se presentó dócil á los consejos de su médico de cámara el célebre Mr. Dubois; condecoraba á muchos profesores con la cruz y el nombramiento de comandantes de la legion de honor, y elevó los mas distinguidos á la dignidad de baron, concediéndoles las rentas suficientes para sostener el decoro de su nueva categoria. En su testamento legó una suma considerable al baron Larrey que habia sido cirujano mayor del ejército imperial.*

raria, del aislamiento y de la arbitraria eleccion que se hacia de los profesores, con mengua de su dignidad y sobre todo con grave perjuicio de la salud del soldado.

Dividido hasta pocos años hace el estudio de la ciencia de curar, se enseñaba en establecimientos de índole muy diferente, y los estudios así preliminares como los de la facultad no guardaban la armonía ni se hacían con la extensión que requiere el lleno de conocimientos necesarios para la debida asistencia de los militares en todas las situaciones de su vida azarosa y agitada. Es verdad que hubo profesores célebres en medicina y en cirugía militar antes que el estudio estuviese unido y bien sistematizado; pero es preciso confesar que fueron pocos y verdaderas notabilidades, que habían conseguido por su talento y singular aplicación todos los conocimientos de su época, aunque no ejerciese más que una parte de la medicina. Los doctores D. Antonio Hernández Morejon y D. Ramon Quèraltó son comprobantes legales de esta verdad que podríamos elevará la mas amplia demostracion. No siendo nuestro propósito ni cabiendo en este lugar cuanto podia decirse acerca de las ventajas ó perjuicios de la enseñanza y el ejercicio de la medicina, no hacemos más que indicar el atraso que ha cabido á la castrense por haberse admitido algunos sin la debida ilustracion.

Hasta principios del último siglo los gefes de los cuerpos elegían en toda la Europa el profesor que habia de asistir á sus subordinados, y aun concediéndoles toda la imparcialidad que se puede suponer, no es fácil concebir que su eleccion llevase el sello del acierto si la casualidad no les habia favorecido; pero sea de esto lo que fuere la esperiència ha demostrado cuan funesto era este modo de proveer los destinos que mas relacion tienen con la conservacion de la salud y de la vida del militar. Tristes ejemplos tiene el ejército español de las elecciones arbitrarias de los profesores que le deben conservar la salud. La guerra de la independencia fué un semillero de esta clase de observaciones; los gefes de los cuerpos y los generales se vieron muchas veces en la dura precision de admitir al primero que se prestaba á sufrir las incomodidades de aquella campaña tan gloriosa como nacional, sin que las circunstancias les tolerasen diferir, ni por dias la eleccion para consultar la autoridad superior del cuerpo de sanidad, ni á personas ilustradas que pudiesen juzgar las cualidades del elegido. Esta necesidad apremiante será una elocuente leccion que no se puede olvidar, como manifestaremos en los artículos sucesivos.

(*Anales del instituto médico.*)

Á LA SEÑORA DOÑA JOSEFA MASSANES DE GONZALEZ,

sobre la siguiente estrofa de su composicion inserta en el *Heraldo*
de 17 de setiembre último.

*¡Vivir! triste es vivir si no habitamos
el lugar de la tierra en que nacimos
y en apacible bienestar crecimos
en los brazos y amor de los que amamos.*

Triste, muy triste: lánguida existencia
se arrastrara lejos del hogar paterno;

padece el corazon en crudo invierno,
de un cielo sin fulgor á la inclemencia.

Triste, muy triste: en doloroso canto
tú lo has dicho: las flores, poëtisa,
no dan perfume, ni frescor la brisa
y el sol se vela en nebuloso manto.

¿Qué importan ¡ay! al alma solitaria
el alfombrado monte, el arroyuelo,
los pájaros del aire, el verde suelo
y el limpio estanque con su tropa varia?

¿Es por ventura el monte que miramos
el mismo, el alto, á cuya cima, audaces,
de niños, como corzos tan fugaces,
con orgullo infantil, tercos, llegamos?

¿Es este arroyo el mismo que en distintas
direcciones cruzar el valle hicimos,
estancándole á veces entre limos,
soltándole despues en varias cintas?

Y esas aves que vuelan ¿reconocen
el lazo inevitable que en mi anhelo
yo preparaba en el herboso suelo
de otras á la inocencia? ¿Me conocen

Los cisnes del estanque, ni los peces
que, en redecillas de pintados hilos
inespertos posándose tranquilos,
mi precioso botin fueron cien veces?

¿Y dónde está la piedra en que reposo
encontramos despues de la fatiga?

¿Cuál es el árbol cuya sombra amiga
nos conciliara el sueño provechoso?

¿Y dónde están los sitios que hermozeaba
fino el mas tierno amor, cuando apacible
el beso maternal indefinible
nuestros labios con néctar regalaba?

Todo es al corazon, desconocido;
triste el alma, es á todo indiferente:
¡ay del que vive de su patria ausente,
si de ella la memoria no ha perdido!

¡Perderla! ¿y cómo? de la luz primera
el puro rayo, la primera luna,
la campana que oimos en la cuna,
del ave el primer canto en la pradera,

La florecilla, el céfiro primero
que en nuestra frente el suspendido rizo
con soplo oliente halagador deshizo
con nosotros jugando en el otero,

Fueron tan dulces ¡ah! que otra delicia
no encontraremos en region estraña,
ni aun si espléndido el sol sus campos baña
de luz y eterno estío la acaricia.

Intimo alberga el puro sentimiento
del amor á la patria en que nacimos,
íntimo, grato (y noble le nutrimos)
en nuestro corazon y pensamiento.

Pérfida ingratitude fuera apagarlo:
alma la nuestra sin piedad sería,
alma infeliz, como la nieve, fria,
si pudiera en el pecho sofocarlo.

Hay un deber sagrado y delicioso
que aceptó el corazon, y ha de cumplirlo;
y se alienta no mas por conseguirlo,
hallando en ese empeño su reposo.

Debémosle al lugar de nuestra cuna,
de ilusiones gratísimas el goce:
y ¿quién ese regalo desconoce,
si allí al ménos reía la fortuna?

Es allí cada objeto, de las horas
de nuestra infancia plácido recuerdo;
nunca del mundo en el bullicio pierdo
una de esás ideas seductoras.

Que todo allí gracioso nos lo hacia
con tierno halago el paternal cariño,
que á nuestro alegre corazon de niño
de un encanto á otro encanto conducia.

Todos allí nuestra niñez cuidaron;
no solo nuestros padres, porque amigos
eran de nuestra infancia los testigos
que en mirarnos jugar se recrearon.

¡Cuántas veces quizás de un inminente
riesgo nos apartaron cariñosos,
al correr á un abismo presurosos
con paso confiado aunque imprudente!

¡Cuántas quizás, pintado en su semblante
el inquieto temor, habrán corrido
para salvarnos del corcel temido
veloz, sin freno, á su albedrío errante!

¡Cuántas al vernos en jovial carrera
en el polvo caer, propicia mano
habrán tendido, con vigor no vano
previniendo la muerte traicionera!

No tardes, vuela, vuela tú al amigo
suelo natal; allí está la ventura,

allí te espera paz, allí ternura,
dulce consolacion, ansiado abrigo.

Vuela.... mas ¡ay! cuando llegado hayas
y contemples del mar la orilla y ondas,
no el dulce llanto del placer escondas;
deja que él bañe tus queridas playas.

¡Así cual tú, pudiera yo las mias
con lágrimas de amor regar!... en vano:
lejos me quiere el genio que tirano
la primavera amarga de mis dias.

No importa, vuela tú, te aguarda un padre
cuya cabeza está ya encanecida;
corre á encontrarle allí donde dormida
está en la huesa tu adorada madre.

Dos sepulcros tambien quisiera mi alma
siempre mirar.... hasta que el hijo, al lado
de sus perdidos padres sepultado,
hallase al fin la apetecida calma.

Vuela, tú mas feliz: quizás un dia
piadoso colme mi esperanza el cielo
que al lejano y errante barquichuelo
un soplo, á veces, protector envia.

Vé tú y al padre de tu amor saluda
y estréchete feliz entre sus brazos;
fuertes los tuyos á su cuello anuda,
porque la dicha son tan dulces lazos:
y así vive con él hasta que cruda
llegue la muerte en los escritos plazos
de tu vida ó la suya.... y parta al cielo
quien deje al otro en angustioso duelo.

Y si erés tú la que te apartas..... lleva
la bendicion del paternal cariño,
para allá recibir corona nueva
y la celeste túnica de armiño:
que Dios en premio de la amarga prueba
de tal separacion, cual padre al niño,
acoge al alma que á su trono sube
ya bendita del suelo, en clara nube.

Si es el autor de tus preciosos dias
el que deba partir.... tu frente el velo
del luto cubra, y tristes elegías
dígannos tu penoso desconsuelo;
que serán esas trovas, melodías
tan dulces ¡ah! que en peregrino vuelo
el alma llevarán á las regiones
do existen solo tiernos corazones.

JUAN VILA Y BLANCO.

Mádríd 19 de setiembre de 1844.

(Her.)